



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 26.

JUEVES 4 DE SETIEMBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 30 rs.

SUMARIO.

EL SEMANARIO POPULAR A SUS LECTORES.—LAS ARTES Y EL COMERCIO EN EL JAPON.—ROSA Y MARIA, (Conclusion).—SOR MARTA MARIA: Historia holandesa.—LAS FIESTAS DE BODAS ENTRE LOS SALVAJES, por Chateaubriand.—LOS MONOS TAMARINOS.—ECONOMIA DOMESTICA: Los limones y las grosellas.—FANTASIA LITERARIA: El último viaje.—SONETO: A una Hortensia.—TORCUATO TASSO.—LAS PLANTAS MEDICINALES: La brionia.—PENSAMIENTOS.—AVISO A LOS SUSCRITORES POR SEMESTRES.

EL SEMANARIO POPULAR

A SUS LECTORES.

«La medida de la civilizacion de un pueblo es la estension que en él tiene la lectura:» asi decíamos al ofrecer á nuestros numerosos suscritores el primer número del SEMANARIO POPULAR hoy hace seis meses, y al dejar indicada esta idea no nos equivocamos por lo que se refiere á España. La afición á leer, la afición á instruirse, verdadero camino para la civilizacion completa, se halla desarrollada en nuestro pais en alto grado. Lo sabíamos, pero el éxito verdaderamente notable que han obtenido las modestas páginas del SEMANARIO, ha venido de nuevo á probarnos cuán agigantados pasos ha dado en la carrera de la civilizacion la España, porque leer comprendiendo lo que se ha leído es instruirse, es civilizarse. Los numerosos suscritores agrupados en el breve plazo de seis meses en torno de nuestra popular bandera enarbolada con el lema de *instruccion y recreo* prueban la verdad de nuestro aserto.

Y por otra parte, nada tiene de extraño. Un periódico semanal que llegando, como dijimos, al hogar doméstico, sirva de agradable enseñanza al escasamente instruido, de pasatiempo al ilustrado, de útil y honesto recreo á los hijos de familia, de entretenimiento y de instruccion á las jóvenes, con su amena lectura, sus modas y labores, sus cuentos morales, conformes con los mas puros sentimientos de religion y

de toda clase de virtudes; un periódico que trate de vulgarizar los conocimientos científicos é industriales, noticiando y explicando todos los descubrimientos nuevos y las nociones ya adquiridas, con artículos de historia, de costumbres, de viajes, de economía doméstica, de literatura, de bellas artes, composiciones poéticas y novelas, ya españolas ya extranjeras, poco ó nada conocidas en nuestro pais, no solo hacia falta en nuestra España, sino que necesariamente debia recomendarse por sí mismo y obtener aceptacion general. Su indisputable y extraordinaria baratura debia abrirle todas las puertas, y su elegancia tipográfica y su belleza en los grabados debian atraerle universales simpatías.

Tal es el programa del SEMANARIO POPULAR, no tocando á nosotros decir si hemos procurado cumplir con él y aun escedernos mejorando todos nuestros propósitos, en obsequio de nuestros lectores, cuando el respetable número de estos habla muy alto en favor de esta publicacion reciente.

Y tanto las progresivas mejoras que han podido observar nuestros lectores, como otras que irán siguiendo, nos hacen esperar que nuestros constantes suscritores no solo continuarán favoreciendo con su suscripcion los buenos propósitos que representa el SEMANARIO POPULAR, sino que recomendarán su adquisicion á todas las familias, á todos los que comprendan la inmensa utilidad que deben reportar las naciones y sus gobiernos, generalizándose la instruccion popular y las lecturas fáciles, amenas, variadas, morales é instructivas.

LOS EDITORES.

LAS ARTES Y EL COMERCIO EN EL JAPON.

Hoy, que la reciente embajada de los japoneses á París, nos familiariza con todo lo que tiene relacion con aquel pais tan remoto como poco conocido, debe conocerse cuál sea el es-

tado de las artes, de las manufacturas, del comercio y de las producciones del Japon.

El estado de las artes en el Japon es otro de los puntos sobre los cuales hay alguna dificultad en formarse una idea, debido en parte á la poca confianza en los conocimientos de los individuos de la factoría en Dezima y á las unánimes seguridades que hemos recibido, de que las mejores muestras de todos los ramos no pueden lograrse de ningun modo por los extranjeros. Es verdad que podemos formarnos alguna idea por el lugar que ocupan los artistas en la clasificacion de la sociedad; pero es muy posible que aquella denote mas bien un tiempo ya pasado que no el presente. Asi lo que se puede afirmar con seguridad es, que las artes están mas adelantadas en este pais que en China.

Con respecto á la música, no hay necesidad de añadir nada á lo que se ha dicho en un artículo anterior.

Pasando, pues, al arte gráfico, nos han contado que los japoneses son sumamente aficionados á la pintura y constantes colectores de cuadros; que bosquejan atrevidamente con carbon de leña y á menudo con tinta, sin que tengan nunca necesidad de borrar; que los contornos son claros, y sus dibujos tan buenos como pueden serlo atendido su poco ó ningun conocimiento en perspectiva y anatomía. De esta ignorancia probablemente provendrá su reconocida inaptitud para dar una semejanza, de modo que los retratistas de oficio cuidan mas de los vestidos que de los semblantes. En los pájaros y las flores obtienen buen éxito, mencionándose como muy hermosos dos volúmenes en folio de pinturas de flores, con el nombre y las propiedades de cada una de ellas escritas al dorso de cada página, obra de una señora del pais y regalada por su autor á Heer Titsingh, amigo de su marido. Se cree que la principal escelerencia de los pintores japoneses, es la nimia y delicada conclusion de sus obras.

Del ramo mas difícil del arte, es decir, del paisaje y de las figuras, los escritores que han tratado este asunto nos han proporcionado al-

gunas muestras; pero su mérito es tan variado, que se ven perplejos cuando tienen que apreciarlo. Las láminas de bodas, procesiones, funerales, etc., de Titsingh, pintadas por los artistas del país, se parecen á las pinturas chinas. Las de Meylan son algo mejores. Las de Siebold, aunque visitó el Japon antes que Meylan, son preferibles, á lo menos aquellas que se dice fueron hechas por el jóven artista que él empleó, y que estaba estudiando los principios europeos del arte. Pero los grabados del magnífico volúmen de Overmeer Fischer, son sin duda alguna de una especie muy superior á todos los demás que hemos visto; están tan perfectamente concluidos, y tienen tanta propiedad en la luz y la sombra, no obstante algunas faltas de corrección, de dibujo y perspectiva, que hay dificultad en no sospechar hayan recibido algunos toques en Holanda, antes de pasar á manos de los grabadores; sospecha que ciertamente no se debilita con la inspección de las habitaciones japonesas en el Museo Real de la Haya, donde nos han asegurado existen las mejores muestras de todas clases que pudieron introducirse de contrabando en Dezima y abordó del buque anual.

Los japoneses desconocen la pintura la óleo; pero son muy hábiles en el uso de las aguadas. Los colores que preparan son de los minerales y vegetales, obteniendo tintes mucho mas brillantes y hermosos que los nuestros de la misma especie.

El arte de grabar en cobre, ha sido últimamente introducido entre ellos y adoptado con una prontitud que promete mucho para lo sucesivo.

Del arte de la escultura apenas hablan los autores, á no ser alguna que otra vez de insignificantes adornos esculpidos; pero sí lo hacen de la excelencia de sus fundiciones. Se dice que funden preciosas imágenes y vasos, y sus campanas son notables por la belleza de los bajos-relieves que las adornan; estas campanas no tienen lengua de metal, y se las hace sonar tocándolas por el exterior con madera.

De la arquitectura como arte, no existe en el país ninguna noción.

De los trabajos en barniz de laca, conocidos en todas partes como japoneses, todos los escritores aseguran no se puede formar idea exacta de su mérito, por las muestras que comunmente se ven en Europa; los que son realmente hermosos no pueden ser comprados por los extranjeros, y los mejores que han obtenido siempre los individuos de la factoría los recibieron como regalos de sus amigos del país. Estos, en su mayor parte, están depositados en el Museo Real de la Haya, y aunque se les considera como de segunda clase, son tan superiores á los que ordinariamente vemos del Japon, que no es posible formar idea de la belleza del arte, sin haber visto antes aquella colección.

El procedimiento para barnizar es sumamente pesado. El barniz, que es un producto resinoso del arbusto llamado oerosino-ki (*rhux vernix*) requiere una fastidiosa preparación antes de usarlo. Se le da color frotándole lentamente y por mucho tiempo sobre una plancha de cobre, donde se ponen antes las materias colorantes. La operación de barnizar es tan cansada como sus preliminares, porque se necesitan á lo menos cinco diferentes capas; se dejan secar y despues se las estrega con un junco pulido ó una caña y solo así adquiere el barniz su perfección. Las brillantes figuras de madre-perla consisten en pedazos de concha cortadas y arregladas en la forma requerida, y coloreadas por detrás; despues las colocan sobre el barniz y se las sujeta al mismo procedimiento que lo demás, debiendo á esto su brillantez.

Los japoneses no conocen el modo de tallar las piedras preciosas, y por tanto no las estiman en su valor, lo cual explica la falta de joyas que se observa en el atavío de ambos sexos. Sin embargo, en metalurgia son muy hábiles, y el magnífico trabajo llamado *syakfdo*, en el cual varios metales están en parte mezclados y

en parte combinados, produciendo un efecto muy parecido al esmalte, se usa en lugar de joyas, para broches de los cinturones, cajas, empuñaduras de sable, etc. Pero en lo que esceden á la mayor parte de las naciones, es en el temple del acero: se dice que sus hojas de espada son excelentes, teniendo el filo de una navaja de afeitar (Fischer) y que pueden cortar un clavo de hierro ó una espada europea, sin que se doblen ni se embote su filo. Se las valúa segun esta propiedad, y nos han asegurado que no es demasiado dar 1,000 reales por una de ellas, mientras que una vieja, pero de esquisito temple, vale mucho mas de este precio. Su exportación está prohibida por una supersticiosa idea de la íntima conexión que existe entre el valor y las armas de los japoneses, como una herencia de sus divinos predecesores.

(Se continuará.)

ROSA Y MARIA.

(CONCLUSION.)

XV.

Algunos dias antes del señalado para el casamiento de Pablo y Rosa, el anciano Berard se encontraba en un estado de grande excitación á causa de los preparativos. Preguntó á Pablo si su hermana María no queria asistir á la boda y le propuso enviar á Bretaña á buscarla; pero Pablo no quiso oír hablar de semejante cosa. María está demasiado triste, le dijo, para prentarse en público, sobre todo en un punto en el que á cada momento recordaria á su seductor. Quedó, pues, decidido el no invitarla, pero Pablo prometió escribirla sin dilación informándola del paso que iba á dar. Había la gran cuestion de si el casamiento se verificaria privadamente ó si se daría el acostumbrado festin. Pablo opinaba por hacerlo privadamente, y Rosa no tenía opinion alguna respecto á esto, ó mas bien se hallaba inclinada á seguir la opinion de su padre, que estaba decidido porque hubiera fiesta.

Berard, que tenía algo de los antiguos bretones, miraba la fiesta de la boda con una especie de superstición; estaba persuadido de que todo casamiento debía ser seguido de un banquete suntuoso. Además había pensado muchas veces en el casamiento de Rosa y en la alegría que tendría en este día feliz. ¿No había guardado una docena de botellas de vino de Beaune en su bodega para esta ocasión especial? ¿No había de realizarse su esperanza de beberlas ahora? ¿Qué miserable parecería á los vecinos el ir tranquilamente á la iglesia, regresar despues del casamiento lo mismo que si hubieran ido á confesar y volver á casa como si se lo hubieran mandado por penitencia! No, una boda era una boda y no un funeral, y el que Mr. de Chatouville fuera un pícaro no era un motivo para que estuviesen tristes el día de la boda de Rosa.

Quedó decidido pues, que habría diversion. «Quiero hacer que callen para siempre los calumniadores» decía Berard á Pablo. «Si no invitáramos á nadie á la boda, dirían que Rosa estaba avergonzada de sí misma, y que las murmuraciones que habían circulado respecto á Mr. de Chatouville y á ella, eran efectivamente fundadas.» No había gran dificultad respecto á las invitaciones, porque si se invitaba á una persona, era cosa ya entendida que debía ser invitado el pueblo entero. Las familias del pueblo eran unas quince, sin contar los criados y jornaleros, y vendrían á ser unas cincuenta personas. Las acompañantes de la novia eran Eudonia Verjus, la que había obtenido el premio de la virtud, y su prima Anastasia, que era bastante fea para tener una ocasión de fortuna como esta.

La voz popular empezó á cantar en otro tono; la señorita Rosa era una jóven encantadora que sería indudablemente muy dichosa con Mr. Duval, que era uno de los héroes de la Vendée, y que tenía la adicional y mas sólida ventaja de

ser lo que se llama un buen partido. Ella era una jóven sensata y obraba con prudencia aceptando un marido de su misma clase en vez de pensar en aquel con quien no hubiera podido casarse nunca, y que por lo tanto no podía llevar buenos fines. Y además, ¿qué había entre Rosa Berard y Mr. de Chatouville? que los habían visto pasear juntos una tarde, y que él solía á veces pasar una parte de la noche en casa de Mr. Berard, de Mr. Berard, que le conocía desde niño, y que siempre había sido tratado por su familia mas bien como un individuo de ella que como un dependiente. De este modo una invitación para un almuerzo hizo que Rosa recobrara su buena opinion en el ánimo de sus vecinos, así como si se la hubiera determinado á casarse privadamente, es probable que hubieran murmurado de ella hasta el día de su muerte y aun algo despues.

A pesar de todos los esfuerzos de Berard y la buena voluntad de sus vecinos (cuya malignidad parecía haberlos abandonado por completo desde que Rosa se había decidido á permanecer en lo que llamaban su natural situación) á pesar de todo esto, el banquete de la boda fue una reunión sumamente apagada y fría. Pablo, para ser un héroe de la Vendée estaba todo lo poco animado que podía estar, y parecía tímido como un niño. Berard mismo bebía repetidos vasos de su vino favorito de la Beaune, pero ni este ni otro alguno le hacía efecto; tenía el vino triste, como suele decirse; mientras mas bebía mas taciturno se iba poniendo. Una de las cosas que le molestaban mucho era el poco honor que hacía el novio al vino de Borgoña. Pablo no bebió apenas, y advirtieron que despues de cada trago de vino bebía otro grande de agua. Los viejos labradores que creían vaciar uno ó dos vasos de brandy antes del almuerzo, se quedaron admirados al ver que en una comida el jóven novio temía tanto á un poco de vino, y muchas fueron las opiniones desfavorables que se manifestaron con respecto á esta particularidad.

—No puede ser muy bueno el hombre á quien perjudica el buen vino, dijo uno de ellos sentenciosamente.

—Decid, Mad. Duval, dijo otro dirigiéndose á Rosa, ¿quereis dejar a Mr. Pablo que beba un vaso de vino con nosotros antes de marchar? No ha bebido mas que dos vasos, ¿quereis permitir que beba el tercero?

Rosa no oyó esta pregunta, y Pablo permaneció tan grave como siempre.

—¡Qué pareja! dijeron los labradores viejos, el uno no habla y el otro no oye; y dicho esto empezaron á beber entre sí.

Uno de ellos advirtió que no se había brindado á la salud de los recién casados. Esta delicada tarea fue confiada á Mr. Verjus que, aunque autor de personas virtuosas, no era virtuoso por sí mismo, y en aquel momento se hallaba en un estado de embriaguez algo avanzado. Rosa se hallaba disgustada del carácter de orgía que iba tomando aquel festin; pero Pablo parecía no advertir lo que pasaba. Sin embargo, se vió obligado á enterarse del brindis que acababan de echar en honor suyo y de su mujer, y dió las gracias con algunas palabras solemnes.

—Es un discurso sobre una tumba, dijo uno de los labradores, y así era en efecto.

Por último, Rosa se levantó de la mesa seguida de Eudoxia Verjus, y fue á prepararse para el viaje; porque se había decidido que Pablo y su mujer partieran inmediatamente para Bretaña.

Despues que ellos habieron salido del pueblo, Eudoxia informó á sus amigas que morían de curiosidad por saber cómo se había separado la novia de su padre, que Rosa había llorado amargamente.

—¡Bah! murmuró Verjus ya ébrio, todas gritan, pero es de alegría.

XVI.

Cuando el propio enviado por Pedro llegó á N'za, Mad. de Chatouville estaba espirando. Alfredo llevaba treinta y seis horas sin moverse

de la cabecera de la cama, y solo por las urgentes representaciones del mensajero, se aventuraron los criados á turbarle yendo con la carta á la alcoba de su madre. Al leerla quedó desesperado por su contenido. No pudo hacer mas que escribir estas pocas líneas, encargando al mensajero que las llevara con la mayor velocidad posible. Hé aquí lo que decía:

«Mi madre está espirando, no puedo dejarla y estoy loco de dolor. Puesto que habeis perdido mi carta, id á ver á Berard ó mandadle llamar y contadle todo. Pablo es un impostor y un infame. Es imposible que Rosa le prefiera á mí; debe estar deplorablemente engañada. No perdais un momento; escribidme diariamente á Niza y á París. Mi única esperanza está en vos.»

Alfredo olvidó que Pedro no sabia nada de su intencion de casarse con Rosa; todo lo que Pedro sabia era que la amaba, lo cual no era lo mismo; las palabras «contadle todo á Berard» eran sin embargo bastante inteligibles para él. La única dificultad era la de si recibiría la noticia á tiempo. Eran las dos de la tarde y Rosa debía haberse casado á las doce.

Pedro no se hallaba en estado de andar y habia pasado la mañana en recoger informes respecto á las acciones de Pablo. Estaba ya seguro de que Rosa no habia salido de casa de su padre hacia ya muchos dias; de otro modo hubiera acechado el momento de hablarla y de una manera ó de otra hubiera logrado que se aplazara el casamiento; pero era absolutamente imposible el verla. Es verdad que podia ver á Berard, pero reflexionó prudentemente que pedirle que prolongara el casamiento de su hija por el mero capricho de Mr. Chatouville, no hubiera servido de nada ó tal vez hubiera servido para acelerarle. Habia escrito varias veces á Alfredo contándole el estado de los asuntos, pero no habia habido tiempo para que contestara, y la carta en que le encargaba que se lo contara todo á Berard era la contestacion á la del propio, como ya hemos visto.

Hemos dicho que eran las dos cuando recibió la carta, y necesitaba una hora para llegar á casa de Berard, donde el convite de la boda iba á tener lugar.

Del mismo modo que la proximidad de un campamento se deja de conocer por el número de gente que está en las cercanías, así la localidad en que tenia lugar el festin de la boda podia descubrirse por los que se encontraban en las inmediaciones de la casa, y que se habian retrasado en ir á la hora citada. El pueblo estaba desierto escepto en este punto. Los que no habian recibido una invitacion regular para ir al convite, permanecian fuera participando del vino y del brandy que habian sido largamente distribuidos entre los espectadores del convite.

Cuando Pedro llegó á la quinta de Berard habian dado ya las tres, y los recién casados habian partido. Pedro preguntó que en qué direccion habian marchado, y se lo dijeron.

Si han ido á Bretaña, decía en su interior, habrán tomado un camino de travesía, pero en todo caso los seguiré.

Después de escribir á Mr. Chatouville lo que habia sucedido, Pedro se procuró un caballo y echó á andar en la direccion que habian tomado Pablo y su novia. Al llegar al camino del Havre, que era el único que podian haber seguido, se detuvo en una casa de posta para cambiar de caballo y oyó decir al posadero que se necesitaban caballos en la posada para Mr. Duval. Le pareció tan extraordinario el que Pablo viajara en posta en vez de ir en diligencia como otras personas de su clase, que se halló mas decidido que nunca á seguirlos. Entre tanto se ocultó detrás de un matorral que habia enfrente de la posada, y esperó que pasara Pablo; le reconoció al momento por su extraordinaria semejanza con María; le vió aguardar á Rosa á que entrara en la silla de posta y sentarse después á su lado.

Pedro los siguió hasta el Havre, teniendo cuidado de tomar en los paradores un cuarto enfrente del que ellos ocupaban. Vigilante como estaba respecto á todo lo que hacian, llegó á

ver que Pablo y su mujer estaban siempre en cuartos separados, que Pablo salia rara vez y su mujer nunca. ¡Si la pudiera hablar un solo instante! decía en sus interior, pero era imposible hacerlo. Pasados los dos primeros dias, Pablo no salia jamás y guardaba á Rosa como á un preso.

El fiel criado continuaba escribiendo diariamente á su amo, pero nada sabia de él desde el casamiento de Rosa. Sabia sin embargo por los periódicos que Mad. de Chatouville habia muerto y esperaba que Alfredo llegara de un momento á otro al Havre.

Mientras tanto Rosa se hallaba en la mayor desesperacion. Apenas habia salido de su casa cuando observó que Pablo no la hablaba ya como tenia costumbre de hacerlo; su voz era áspera y sus miradas espresaban odio mas bien que amor; ella, sin embargo, conservaba aun la dulzura natural de su genio. pensando que el mal carácter de Pablo podia ser hijo de la frialdad que ella le habia demostrado, trató de dulcificarle, pero cada palabra que pronunciaba, producía una respuesta brutal. Una vez trató de excusarse porque estaba triste y lo atribuyó á su falta de salud porque hacia ya algunas semanas que no estaba buena. Al oír esto Pablo la miró y la dijo con una amarga sonrisa: en efecto, veo un gran cambio en vos; bien pronto no estareis ya bella.

Rosa lloró pensando cuan bella le habia parecido en otro tiempo á Alfredo. Pero ahora no importa, se dijo á sí misma.

Cuan lo estuvieron en el Havre y hubieron tomado habitaciones en una fonda, Rosa, que tenia miedo de su marido, no pudo menos de preguntarle por qué no iban á la quinta de Bretaña, y qué era lo que iban á hacer en el Havre.

—¿A Bretaña? dijo Pablo, no vamos á Bretaña, ni yo tengo allí quinta alguna.

—Yo creia que la teniais y que vuestra hermana vivia allí.

—¡Mi hermana! dijo dando una carcajada, ¿creiais que mi hermana querria vivir con vos y que no os haria pedazos si os tuviera en su poder?

—¿Qué la he hecho yo? dijo Rosa con tono afligido. Y á vos mismo, Pablo, ¿qué os he hecho para que me trateis con tanta crueldad?

—¿Os atreveis á preguntármelo? exclamó Pablo levantando sus ojos al cielo; ¿no amabais á Alfredo y no lo amaba ella tambien?

—Vos lo sabiais todo, dijo Rosa sollozando, yo os lo habia dicho todo. Es imposible que podais dudar de mi inocencia, y sabeis que he jurado en el altar que os seria fiel. ¿Sereis tan injusto que deseis castigarme por la desgracia de vuestra hermana? Es muy desgraciada, pero estoy cierta, Pablo, de que tendrá de mí mas compasion que la que teneis vos.

—¿Mas compasion de vos! ¿No veis cómo os compadezco yo? ¿No permito que vivais?

—Enviadme con mi padre, exclamó Rosa, puesto que veo que me aborreceis. Dejadme que le escriba y él vendrá á buscarme; ¿por qué me atormentais?

—No volvereis á escribir á vuestro padre, replicó Pablo, soy ahora vuestro dueño absoluto y voy á conducirlos por allí, dijo, señalando al mar.

—¡Oh Pablo, Pablo! ¿quereis matarme? gritó Rosa.

—No, mataros no, la dijo su marido y salió del cuarto.

Cuando Rosa se quedó sola no pudo hacer mas que sollozar; se preguntaba á sí mismo si se habia casado con un loco, ó si Pablo queria sacarla de Francia con la esperanza de que Alfredo volviera y se casara con María. ¿Era tal vez por celos de Alfredo por lo que obraba así? ¿desconfiaba tanto de ella que creia necesario que ella y Alfredo estuviesen separados por el Océano? Cualquiera que fuese el motivo, sabia que iba á dejar ahora la Francia, que no volveria á ver á su padre, y que toda su vida tendria que pasarla con un hombre que la aborrecia y á quien ella temblaba como se tiembla al espíritu del mal.

Una mañana tres dias después de esta terrible escena, Pedro quedó admirado viendo que Pablo y su mujer salieron de la fonda y se encaminaron hacia el muelle desde donde partian los buques que iban á América. Estaba á punto de seguirlos, cuando recibió una carta escrita por Alfredo, en la que decía que se hallaba en una posada á media milla de distancia y que le esperaba.

¡Tal vez haya tiempo aun! pensó Pedro, y se metió en un coche de alquiler que partió á carrera para ir á la posada que le decía su amo.

XVII.

El mar estaba tranquilo, el sol brillante, la brisa era favorable y el tiempo era todo lo mejor que podia desearse cuando Pablo y su mujer llegaron al borde del *Niagara*, buque que iba á Nueva-York.

¡Pobre joven! decian los demás pasajeros al ver á Rosa; la despedida ha sido penosa para ella; ¡cuán afligida está!

—Llegais precisamente á tiempo, dijo el capitán á Pablo; el viento nos es favorable ahora, y si dentro de veinte minutos no estuviésemos fuera del puerto le perderiamos.

—Bajad al camarote, dijo en voz baja Pablo á su mujer; bajad al camarote y no aparezcáis como loca.

Pero por la primera vez Rosa fue obstinada y no quiso moverse del puente, estaba dispuesta á no perder de vista su tierra natal hasta el último momento.

El buque fue pasando por el final de la entrada del puerto, y todos los pasajeros estaban sobre la cubierta agitando sus pañuelos y gritando el último adios á amigos, á muchos de los cuales no volverian á ver, cuando súbitamente Rosa oyó su nombre, y mirando hacia el muelle vió á Alfredo.

Pero Pablo le habia visto tambien! su rostro estaba ardiendo de furor y sus ojos arrojaban fuego.

—¿Quereis á Rosa? gritó con voz medio ahogada por la cólera, ¿quereis á Rosa? ¡ahí la teneis!

Y asiendo á la desgraciada joven por la cintura la arrojó al mar, precipitándose él después.

La corriente violenta que habia allí hizo imposible el que los salvaran, pero á la mañana siguiente la marea arrojó sus cuerpos en la playa y con desesperacion de Alfredo y asombro de todos los habitantes, se descubrió que los llamados marido y mujer eran dos mujeres.

FIN.

SOR MARTA MARIA.

HISTORIA HOLANDESA.

Estaba saliendo el sol, no brillante y esplendoroso como en España ó Italia cuando abrazando el horizonte todo con sus ardientes resplandores, llama de súbito á la vida á todo lo que respira, cuando mezclando sus dorados rayos con el oscuro azul de un cielo meridional, presta á las objetos todos un aspecto de savia y de vigor, lo mismo que si la luz dase la vida: el sol salia en las frias regiones de la Holanda, por en medio de las nubes que se entreabrian dejando pasar una pálida luz sin brillo y sin calor. La naturaleza iba pasando insensiblemente del sueño á la vida, permaneciendo aun como aletargada aunque ya no dormia. Era la vida en el silencio. Ningun grito, ningun alegre canto, ningun vuelo de pájaro saludaban el día. En lo alto de la colina los cañaverales se inclinaban al soplo de la brisa, y las arenas de la playa se deslizaban hasta las praderas cubriendo su verdor con un velo agitado y movedizo. Un río de pajizas ondas cargadas del cieno de sus orillas, corria apaciblemente á sumergirse en los mares, sin ruido, casi sin movimiento.

A lo lejos el agua y sus orillas parecen del

mismo color, presentando el aspecto de una llanura arenosa, á menos que un rayo de luz estrellándose contra las ondas no revele con sus plateados reflejos la corriente del río.

Embarcaciones sumamente cargadas, vogan arrastradas por un tiro de caballos que hunden sus robustos pies en la arena, los levantan, los vuelven á hundir y se adelantan pausadamente

hacia el término de su viaje sin temor del cansancio. Detrás de ellos va un campesino con el látigo al hombro que no apresura sus caballos, ni mira el río que corre, ni los animales que tiran, ni el barco que le sigue; anda, y para llegar cuenta solo con su perseverancia.

No es este, sin embargo, el aspecto general de la Holanda; pero si uno de sus puntos de vista

que llama la atención del cansado viajero cuando recorre el Norte de ese país que parece estar encargado mas que ningún otro de hacer respetar aquel decreto de Dios sobre los mares: *no pasareis de aquí.*

Ese silencio, esa calma de los seres y de las cosas, esa luz opaca, esos colores amortiguados por todas partes, esas grandes llanuras sin



Las fiestas de boda entre los salvajes.

movimiento, todo ese conjunto encierra no bastante; una inmensidad de poesía. Por donde quiera hay silencio y espacio, puede haber también poesía, que gusta un poco de todas las cosas, tanto de los alegres paisajes como de los tristes desiertos, todo contiene y alimenta la poesía: ¡cuántas veces le basta el tallo de una flor!

La Holanda, que el poeta Butler llamaba *un gran navio siempre anclado*, tiene su belleza para todo el que reflexiona contemplándola. Se admira lentamente, pero al cabo se admira, esa tierra en guerra con el mar, luchando siempre para defender su existencia, esos hombres valerosos pacientes, que detrás de una muralla destrozada levantan otra; esas ciudades que obligan á las ondas á correr al pie de sus murallas, á seguir el camino que les está trazado, á contenerse en sus límites; luego esos días de revolución en que el agua, como acordándose de su primera naturaleza, quiere

conquistar su independencia, sale de madre, inunda, destruye, y por último, gracias á la mano del hombre, se calma y obedece de nuevo. En Holanda, la vida se parece á la noche de una batalla; hay cansancio, orgullo, triunfo. El impávido habitante de esos lugares posee el móvil de todas las cosas, que *es la voluntad*: está seguro del éxito, porque así lo quiere, y disfruta de la tranquilidad que da la fuerza; obra lentamente, porque reflexiona mucho. — Hay en el silencio de las cosas serias una belleza que nuestra alma debe estudiar y comprender, como oye la armonía de un canto, como ve el color de lo que brilla.

En el momento en que el sol salía, una pequeña barca se deslizaba rápidamente por el río. Dos remos manejados con fuerza se hundían en el agua haciéndola saltar convertida en espuma. Una sola persona había en la barca; era un joven alto, ligero, lleno de destreza y de fuerza, que dirigía su embarcación á lo lar-

go de las sinuosidades del río, evitando el entrar por en medio de la corriente, aunque de este modo habría podido llegar con mas prontitud, y á pesar de eso se apresuraba, como si temiese llegar tarde. Pero á esa hora matinal, el campo estaba desierto, y sólo los pájaros al despertar se habían adelantado al joven. Habíase quitado su gran sombrero de fieltro ceniciento, poniéndolo junto á sí en la barca, y sus cabellos castaños caídos hacia atrás por el viento que le daba en la cara, descubrían los rasgos regulares de su fisonomía, su ancha frente y sus ojos algo pensativos, como los de los hombres del Norte: el traje que vestía era el de un estudiante de las universidades de Alemania: en su estremada juventud se descubría que una vida de colegial formaba todo su pasado, y que era para él un placer desconocido el sentir en su frente la frescura de la mañana, el viento que le rozaba los cabellos, y el ver las aguas por donde su barca se desli-



Venganza de María. (Cap. XVIII.)

zaba. Apresurabase sin embargo, pues hay ocasiones en esta vida en las que se cuentan mal las horas; se adelanta uno á ellas, se las cree pasadas ya, y despues, si no puede obligarse al tiempo á precipitar su curso, á lo menos se espera con delicias en el sitio en donde debe venir lo que se espera. La impaciencia se calma, y cree uno que la felicidad comienza. Asi que la pequeña embarcacion hubo torcido por una de las sinuosidades del rio que se adelantaba como un promontorio, parecia volar mas rápidamente aun, como si la vista del que la dirigia hubiese distinguido el término de su viaje. En efecto, á poca distancia, el paisaje cambió de aspecto. Una pradera en cuesta llegaba hasta el rio, y un espeso cercado de sauces casi desarraigados, é inclinados hácia el agua, formaban por aquel lado el cercado del valle. Con algunas remadas mas, la barca llegó á la sombra de los sauces y se paró. El jóven dejó caer los remos á sus lados y por medio de una cadena atada á un árbol, amarró la lancha, que quedó meciéndose dulcemente en medio de las aguas del rio. El jóven se levantó y miró por entre las hojas, á lo lejos; luego, no fiándose en su vista, cantó á media voz el estribillo de una balada, una queja de amor poesía nacional de todos los países de la tierra. Su voz, baja al principio para no pasar súbitamente del silencio al ruido, se elevaba gradualmente con las últimas notas del

estribillo, y sus agudos sonidos resbalándose al través de las hojas iban, á perderse en la verde pradera.

Entonces el jóven se sentó y contempló el pacífico cuadro que se ofrecia á su vista. El cielo ceniciento estaba melancólico para aquel que lo miraba sin gozo ni esperanza en su corazón. El rio arrastraba sin ruido sus aguas frias y turbias. A la izquierda, la llanura se extendia á lo lejos sin ningun movimiento ter-

restre. Algunos molinos levantaban en los aires sus grandes aspas desplegadas que esperaban el viento, y este, demasiado débil, pasaba cerca de ellas y las dejaba inmóviles. A la derecha, al extremo de la praderita que llegaba hasta los sauces, solo punto de verdor de este árido horizonte, se veia una casa cuadrada, construida de ladrillos encarnados, sola, silenciosa, uniforme y triste. Los gruesos y verdosos vidrios de las ventanas no reflejaban los rayos del sol: las veletas doradas formaban en el tejado caprichosos dibujos; los acirates elevados para plantar flores se dibujaban en cuadros iguales sobre la arena del jardín; algunos tulipanes inclinaban sus corolas demasiado pesadas para su tronco, y algunas dalias sostenidas por listoncitos de madera blanca eran las solas flores que se veian, marchitas y rodeadas de pequeños cercados plantados de boj: el viento rozaba sus cálices, sin llevarse de ellos ningun perfume. Árboles extraños y mezquinos, esclavos de los caprichos de su dueño, estaban cortados formando calles con mil formas diferentes, y el verdor de sus hojas desaparecia bajo una capa de polvo.

Algunas figurillas de barro estaban colocadas alrededor de las calles de árboles, que dibujaban en un estrecho espacio los mas complicados laberintos; pero una de esas calles conducia al cercado de sauces, en donde la naturaleza parecia haber recuperado sus derechos, y la vista, cansada con el as-



Mono Tamarino,

pecto de aquella morada, se reposaba gozosamente en los árboles libres que crecían al acaso, y en el agua que corría á sus pies, la cual había minado el terreno, y corroido las raíces de los árboles; los sauces estaban casi caídos sobre el río, y sus troncos formaban puentes colgantes á los que solo faltaba otra ribera. Sin embargo, el muelle que les servía de base era bastante elevado para que hubiese una cierta distancia entre los árboles desarraigados, y el agua que corría por debajo de ellos, y solo algunas ramas de las mas largas, tocaban la superficie del río moviéndose sin cesar por la corriente.

Bajo esa cúpula de verdor es donde el joven amarró la lancha, y allí fue donde se quedó sumergido en sus pensamientos mirando al cielo triste como su corazón, ó las ondas tan inciertas en su curso como él en su destino. Las hojas de los sauces acariciaban su frente cuando las ondulaciones de la barca lo acercaban á los árboles; una de sus manos pendiente fuera del boteillo sentía el fresco contacto del agua, una brisa débil y tibia, pasaba dulcemente por sus cabellos: algunas pequeñas flores sin nombre que habían nacido al pie de los sauces, al abrigo de su sombra; despedían hacia las ondas los perfumes que se respiraban de tiempo en tiempo, según el capricho del viento; un pájaro escondido entre las ramas cantaba alguna amorosa melodía, y mecido en su barca, el joven estudiante esperaba la mujer que amaba. ¡Ingrato! acusaba al tiempo de lentitud; le decía que se apresurase insensible á los encantos de la hora presente! ¡Ah! si llega á envejecer, ¡qué bien comprenderá que entonces poseía sin saberlo los tesoros mas dulces de la vida: la esperanza y la juventud!

De repente el estudiante se estremeció, se levantó en la barca, y con el cuello estendido y la vista fija entre las hojas de los sauces, escuchó, se quedó suspenso sin atreverse apenas á respirar. Las ramas se entreabrieron, y la cara de una joven, casi niña aun, apareció ante los ojos del estudiante, que exclamó:

—¡Cristina!

La joven puso un pie sobre una de las ramas mas inclinadas, luego sentándose con destreza en ese banco movedizo, que hace ondular su peso, aunque ligero, interpuso uno de sus brazos entre las ramas que caían hacia el agua, é inclinada así, su mano pudo alcanzar la de su amigo, que se la estrechó con amor, y entonces la joven se enderezó otra vez; el árbol menos cargado pareció obedecer á su voluntad levantándose tambien un poco, y el joven sentado en la barca hablaba con los ojos alzados hacia el sauce en el que estaba la que adoraba.

Cristina Van Amberg, no tenía ninguno de los rasgos distintivos del país que la había visto nacer. Sus cabellos negros como el ala del cuervo, adornaban una cara llena de energía y espresión. Sus ojos grandes y aterciopelados tenían una mirada noble y penetrante; sus cejas rectas y muy acentuadas, habrían dado quizás demasiado carácter á su joven cabeza, si una encantadora espresión de candor y de ingenuidad no hubiesen hecho de ella una cara de niña mas bien que de mujer. Cristina tenía quince años; un pequeño aro de plata ceñía su frente y sus negros cabellos, el cual, según la costumbre de su país, constituía el adorno de los días de fiesta, pero para la joven holandesa, su día mas festivo era aquel en que veía á su amigo; llevaba un vestido de indiana azulado con dibujos de flores y una manteleta de seda negra que en vez de envolver su talle llevaba puesta á la cabeza y caida sobre sus hombros para ocultarse mejor de las miradas que hubieran podido espiarla. Sentada sobre el tronco de un árbol, entre las ramas, y muy cerca del agua, como la Ofelia de Shakspeare, Cristina estaba encantadora; joven, bella y amada, sin embargo, una profunda melancolía estaba grabada en su rostro; su compañero la miraba tristemente, con los ojos humedecidos de lágrimas.

—Herbert,—dijo la joven bajando la cabeza hacia su amigo,—¡no estés tan triste! Aun nos

quedan demasiados días de vida para pasarlos en la desgracia. Herbert, vendrán tiempos mejores.

—¡Cristina, me han negado tu mano, me han cerrado la puerta de tu casa, quieren separarnos, y lo harán: tal vez mañana!...

—¡Jamás!...—exclamó Cristina, y su mirada brilló como un relámpago; pero tambien lo mismo que el relámpago, esa mirada enérgica no duró mas que un momento, sucediendo á ella una espresión de apacible tristeza.

—Si quisieras, Cristina, ¡si quisieras!... ¡cuán fácil sería el huir los dos, el ir á unir nuestros destinos en una tierra extranjera y vivir el uno para el otro, olvidados y felices!... ¡Yo te conduciré al hermoso país donde el sol brilla como tú dices que lo ves brillar en tus sueños; te conduciré á la cima de las altas montañas desde donde la vista descubre un inmenso horizonte! ¡Verás hermosos bosques con verdura de todos los matices, un aire vivo y fresco rozará tus cabellos, y olvidarás estas nieblas, esta tierra húmeda, esas llanuras monótonas! ¡Cuánto nos amaremos en tan bellos países!

(Se continuará.)

LAS FIESTAS

DE BODAS ENTRE LOS SALVAJES.

Conócense dos especies de matrimonios entre los salvajes: el primero se verifica por la simple conformidad del hombre y la mujer, y en este caso, el compromiso es de mas ó menos duración, según el plazo que ha placido fijar á la pareja. Terminado este, los dos esposos se separan á imitación del concubinato legal europeo de los siglos VIII y IX de nuestra era.

El segundo enlace se ejecuta tambien en virtud del mutuo consentimiento del hombre y la mujer, pero mediante la intervencion de los parientes. Aunque este matrimonio carece de límite, puede romperse pasado un número determinado de años, y se ha observado que entre los indios se prefiere el segundo matrimonio, es decir, el legítimo, por las jóvenes y los viejos, y el primero por las viejas y los jóvenes.

Cuando un salvaje ha resuelto contraer matrimonio legal, va á hacer la petición á los parientes de la novia, acompañado de su padre. Este se adorna con un traje que estrena para esta solemnidad; engalana tambien su cabeza con plumas nuevas, se quita la antigua pintura de su rostro para reemplazarla con un nuevo afeite; muda el anillo que pende de su nariz ó de sus orejas; toma en su mano derecha un calumet forrado de blanco, y cuyo cañon azul está adornado con plumas de colas de aves, y en su mano izquierda sostiene el arco con la cuerda floja, á guisa de baston. Su hijo le sigue cargado de pieles de osos, de castores y dantas, y lleva dos collares de porcelana de cuatro vueltas y una tórtola viva en una jaula.

Los pretendientes se dirigen primero á la casa del pariente mas anciano de la novia; entran en su cabaña, se sientan ante él en una estera, y el padre del joven guerrero, tomando la palabra, dice: «Hé aquí unas pieles; los dos collares, el calumet azul y la tórtola, piden tu hija en matrimonio.»

Si son aceptados los presentes, el matrimonio está concluido, porque el consentimiento del abuelo ó del saqueem mas antiguo de la familia, implica el consentimiento paterno. La edad es la fuente de la autoridad entre los salvajes; y así cuanto mas anciano es un hombre, mas poder tiene. Estos pueblos derivan el poder divino de la eternidad del Gran Espíritu.

Algunas veces suele el viejo imponer ciertas restricciones á su consentimiento, aun cuando acepte los presentes, y esto se da á entender, cuando despues de haber aspirado por tres veces el vapor del calumet, el fumador arroja la primera bocanada en lugar de tragársela como ejecuta cuando el consentimiento es pleno.

De la cabaña del viejo pariente, pasan al ho-

gar de la madre y de la joven prometida, y cuando los sueños de esta han sido infaustos, su espanto es grande. Para ser favorables los sueños no han de haber representado espíritus, antepasados, ni patria, sino cunas, aves y ciervas blancas. Hay no obstante un medio infalible de conjurar los ensueños funestos, y es el suspender un collar rojo al cuello de un muñeco hecho de encina: la esperanza de los hombres civilizados ha colocado tambien collares rojos en sus muñecos.

Desde esta primera petición hasta la conclusion del matrimonio, pasa un espacio de tiempo considerable, y durante él todo parece haberse concluido: la virtud predilecta del salvaje es la paciencia. En los peligros mas inminentes todo debe ofrecer el carácter ordinario, pues aunque el enemigo esté á las puertas, ningun guerrero dejará de fumar tranquilamente su calumet de paz, y sentado al sol con las piernas cruzadas, pasará por una *vieja*.

Cualquiera que sea la pasión del joven, su deber le impone la obligación de afectar la indiferencia mas fria y esperar las órdenes de la familia. Según la costumbre establecida, los esposos deben vivir primero en la cabaña de su pariente mas anciano; pero con mucha frecuencia, disposiciones particulares se oponen á la observancia de esta costumbre. El futuro esposo construye entonces su cabaña, eligiendo casi siempre para situarla algun valle solitario, junto á un riachuelo ó una fuente, y bajo un bosque que la pueda ocultar.

Todos los salvajes son como los héroes de Homero, médicos, cocineros y carpinteros. Para construir la choza nupcial, se clavan en tierra cuatro palos de un pie de circunferencia y doce de altura, y que están destinados á marcar los cuatro ángulos de un paralelogramo de veinte pies de largo por diez y ocho de ancho. Unas mortajas abiertas en los palos, reciben unos travesaños que forman, llenando de tierra sus intervalos, las cuatro paredes de la cabaña.

En las dos murallas longitudinales se practican dos aberturas, una de las cuales sirve de entrada al edificio, y la otra conduce á una segunda pieza, semejante á la primera, pero mas pequeña.

Nadie debe ayudar al presunto esposo mientras sienta los cimientos de su morada; pero adelantado ya su trabajo, todos sus compañeros le auxilian en él. Estos llegan cantando y danzando, y conduciendo instrumentos de albañilería hechos de madera, sirviéndoles de llana el homoplato de algun gran cuadrúpedo. Agarran la mano de su amigo, saltan sobre sus espaldas, se chancean con él acerca de su matrimonio, y concuyen la cabaña. Subidos sobre los palos y las paredes empezadas, forman el techo con cortezas de abedul y rastros de maíz; y mezclando pelos de bestias salvajes y paja de avena—loca cortada con arcilla roja, cubren con esta mezcla las paredes interiores y exteriores. En el centro ó en una de las estremidades de la sala principal, colocan los obreros cinco largas pérticas que rodean de yerba seca y mortero: esta especie de cono hace los oficios de chimenea, y da salida al humo por una abertura practicada en el techo. Todo este trabajo se ejecuta en medio de algazara y cantos satíricos, cuyo mayor número son groseros, sin que por eso dejen de carecer de gracia algunos de ellos.

(Se continuará.)

LOS MONOS TAMARINOS.

Varias son las especies conocidas entre los naturalistas de estos monos que tanto llaman la atención del público en los parques zoológicos. Daremos de ellas curiosísimas noticias según las descripciones de Linneo, Cuvier, Geoffroy, Kuhl, Edwards y otros autores.

Sea el primero el tamarino de *manos encarnadas* que se distingue por este nombre del tamarino de *manos negras*, que es el que se conoce desde hace mas tiempo y cuya denomina-

cion se deriva del nombre *tamary* que la dan en el Maraón. La longitud de este mono es de seis pies, y la cola de cerca de once á doce. Sus orejas son anchas, desnudas y recortadas, y la frente saliente. Todas las partes anteriores del cuerpo son de un negro intenso, así como los miembros, cuyas estremidades están teñidas de un hermoso color de naranja. Las partes posteriores, á escepcion de la cabeza y del cuello, están mezcladas de pardo y rojo, lo que procede de que los pelos están anillados de pardo y leonado. La cola es por todas partes uniformemente negra y la cara, las orejas y lo interior de las manos son de un pardo violado oscuro. El pelo es suave, sedoso, largo y muy abundante. El Tamarino es vivo, alegre, de un natural muy irritable, muy caprichoso en sus deseos, y de una inteligencia bastante limitada. Vive en reuniones numerosas en los bosques no frecuentados que se estienden por las alturas á gran distancia de las habitaciones en la Guyana y Maraón.

El *tamarino negro*, á quien Buffon da el epíteto de negro á causa de su color general, tiene las mismas proporciones que el anterior. Su pelo espeso y suave es completamente negro en el cuerpo, escepto en la espalda é hijares, donde aparecen ondulaciones leonadas y pardas, á causa de que el pelo está anillado de leonado y de negro. Todas las partes desnudas del cuerpo, como la cara, las orejas, y las manos están teñidas de negro mezclado con color de violeta. La oreja es sobre todo notable por su anchura, y por el modo con que está cortada en su borde posterior. Las costumbres de este pequeño animal en estado de libertad son absolutamente desconocidas. Cuvier ha observado una hembra cuya irritabilidad era extraordinaria, y que rechinaba los dientes al menor movimiento que se hacia á su lado tratando de morder á los que se le acercaban.

El *tamarino labiado* es una especie mas pequeña que el tamarino de *manos encarnadas* se halla en el Brasil y es notable por su pelo pardo salpicado de blanco rojizo en la espalda y region esterna de los miembros. La cabeza, la cola y las cuatro estremidades son negras. El vientre, lo interior de los miembros y el origen de la cola por debajo, son de un rojo vivo que cambia en leonado rojizo por la nuca. Lo que ha proporcionado á este mono el nombre de labiado es una fila de pelos cortos, muy compactos y de un blanco de nieve que rodean la boca y sobresalen vivamente sobre el negro intenso del rostro.

El tamarino de *frente amarilla* ha sido descrito con mucha concision por Kuhl, en estos términos próximamente: «Su pelo es negro, la frente y la parte superior de la cola son de un amarillo dorado bastante vivo, mientras que los antebrazos, las rodillas y los lados de la cabeza son de color rojo que tira á castaño. Este pequeño mono ha sido descubierto en las grandes selvas del Brasil, principalmente en el Pará, donde es raro, con especialidad entre los grados catorce y quince de latitud meridional.

El *Sahui negro* (*Hapale chrisomelas*), dice el príncipe de Neuwied, á quien los brasileños llaman *Sahuim preto*, es muy comun en las márgenes del Kibeiraodas-Minhocas. Su cuerpo es de ocho pulgadas y ocho líneas de largo, y la cola tiene once y diez líneas; pelos largos de color rojo-dorado y rectos como los del Marikina, rodean su rostro, y este mismo color tiñe el antebrazo y se cambia en una raya rojiza que se estiende á lo largo de la cola en su mitad superior solamente: todo su pelo en general viene á ser despues de un negro oscuro.

Esta especie vive en pequeñas cuadrillas de cuatro á doce individuos que habitan las cimas de los árboles mas elevados. Se han multiplicado mucho en las grandes selvas entre San Pedro Alcántara y el Sertam. El príncipe de Neuwied supone que no se ha extendido esta especie sobre un vasto espacio, porque solo la ha hallado en los lugares que acabamos de mencionar. Cuando alguno se acerca al árbol donde están estos animales, añade este viajero al momento se alarman, se ocultan detrás de

las grandes ramas y miran curiosos asomando la cabeza para poder huir con seguridad. Fácilmente se les mata, pero su pequeñez los hace despreciables á los colonos como alimento, y el único uso que hacen de ellos es fabricar á veces gorras con sus pieles.

ECONOMÍA DOMÉSTICA

LOS LIMONES Y LAS GROSELLAS.

Hé aquí dos frutas que generalmente tienen mas partidarios y admiradores que enemigos, pues hasta los enfermos y convalecientes anhelan el ácido con que las ha dotado la naturaleza. Los limones sin embargo son mucho mas usados y conocidos, si bien no faltan comarcas en donde casi no se conocen y en cambio abundan sobremanera las grosellas. Pero si nadie desconoce el limon, si casi todos elogiamos las jaleas de grosella y las bebidas refrescantes que con ellas se preparan, ¿conocemos todos sus propiedades, sus diversas especies y los servicios que prestarnos puedan?

La botánica al describir las plantas fanerogamas ó vasculares, se encarga de iniciarnos en todos estos pormenores. Hé aquí lo que nos refiere esta ciencia del limonero y de las grosellas.

El *limonero* es uno de los géneros de las *aurantiaceas*, pequeño árbol que crece en Europa, pero principalmente en Oriente, y Asia, con cuyo fruto llamado *limon* no solo, como es sabido se prepara una bebida refrigerante llamada *limonada* y un jarabe que se emplea del mismo modo, sino que tambien se le confita y se hacen con él dulces, jaleas, etc.; algunas veces se come crudo aunque es muy ácido y generalmente se emplea en esprimir su zumo en algunos manjares como las ostras, pescados, etc. Este zumo es vermífugo, así como el aceite esencial, llamado *esencia de limon* ó *nesoli*, que tambien es escitante y se usa mucho entre los licoristas y perfumistas, y alguna vez por los quitamanchas. La corteza de la raíz es febrífuga y las hojas son tónicas y antiespasmódicas. El fruto se emplea especialmente para extraer el *ácido cítrico* que es de mucha utilidad en los viajes como refrigerante, antiescorbútico y para preparar las limonadas secas. En la química tambien tiene mucho uso, y en la fabricacion de telas pintadas para avivar algunos colores; en tintura para precipitar el principio colorante del castaño disuelto por los álcalis, y hacer en la seda los colores de cereza, punzó y rosa. La madera se usa mocho para muebles, neceseres, etc. Las variedades que produce esta especie son: el *limon amalfi*, *barbadoro*, *de España*, *de Gaeta*, *imperial*, *incomparable*, *napolitano*, *comun*, *de fruto acanalado*, *perita de Santo Domingo*, etc.

El *grosellero comun* es un arbusto de Europa, que forma una zarza no espinosa, de flores en tanino y frutos rojos, escepto en la variedad *Ribes album*, que los produce blancos. Estos frutos llamados grosellos son dulcificantes y refrigerantes, muy estimados; se comen, se hacen de ellos bebidas, jaleas, jarabes, y un vino bastante agradable que se bebe en el Norte; se ha dado el nombre de *grosulina* á la jalea de grosellas, que se considera entonces como una modificacion del mucilago. De dichos frutos se extrae el *ácido cítrico*, y sobre todo el *ácido péctico*. Las hojas del arbusto, sirven para teñir de amarillo, y las ramas para teñir de negro.

FANTASIA LITERARIA.

EL ÚLTIMO VIAJE.

¡Cuán hermoso es viajar!

Distintos los paises en agrestes adornos de naturaleza, presentan á nuestros ojos mil diversos y preciosos panoramas. Las juguetonas aguas de los rios serpentean, en unos, al lado del camino, despues de haber besado las plantas de los mas delicados arbustos: en otros, las escarpadas cumbres de los montes aparecen

revestidas con centenario musgo que el huracan y el viento acarician de continuo: aquí se estienden á derecha y á izquierda fértiles praderas: mas allá se levantan altivos campanarios señalando á los hombres su destino, el cielo.

Mayor vida y animacion prestan aun en todas partes las faenas del campo, porque sus moradores aparecen cargados con sabrosos frutos por entre gigantescas arboledas, cuando no guían la pausada yunta ó dirigen el riego de la sembrada y productiva tierra.

Entretanto la locomotora que conduce el tren de viaje, atraviesa impávida los territorios, enardeciendo el suelo con sus miradas de fuego, y á duras penas reprime su veloz carrera al llegar á la estacion, en donde bajarán de sus carrojes centenares de personas, y subirán otras mil con igual anhelo, para dirigirse al punto de donde otras mil partieron.

El espectáculo que se presenta entonces á la vista, fascina doblemente al viajero.

¡Cuán movimiento, cuán ordenada confusión!—Los vendedores, los obreros, los ciudadanos, los extranjeros que han venido de lejanas comarcas, todos circulan por las calles y plazas entran y salen de sus talleres, levantado aquel sordo rumor que desde las grandes capitales va á herir el oido de los pacíficos seres que moran en el campo.

La tranquilidad y el silencio del exterior de las poblaciones en la ciudad es ruido y conmocion. Recio martilleo, bramido de calderas, ronco ahullido de infernales máquinas, retemblo continuo del pavimento bajo las ferradas ruedas: he aquí el sello de la civilizacion moderna, he aquí lo que contempla el viajero.

¡Sí, muy hermoso es viajar! Y por cierto que hoy dia se emprenden los viajes con escasos preparativos; por cierto que sin grandes dispendios pueden visitarse en breves dias los principales paises del mundo.

Sin embargo, un viaje debe hacer el hombre para el que rara vez se afana, y para el que los preparativos son sumamente necesarios. Será su último viaje. ¡Con cuánta facilidad y cuán impensadamente deberemos emprenderle! Nos despediremos de nuestras familias, estrecharemos acaso la mano de nuestros amigos, diciéndoles... «hasta que volvamos á vernos...» Y la locomotora no nos hará falta alguna porque atravesaremos los espacios con mas rapidez que el viento: ni el oro ni las comodidades del mundo nos serán indispensables: los panoramas de la tierra no halagarán nuestros sentidos, porque embriagarán nuestra alma los panoramas celestes, las maravillosas creaciones del amor y sabiduría del bondadoso Padre de todos los hombres, del que sentado en el firmamento penetra desde allí todos nuestros pensamientos, premia al bueno y castiga irremisiblemente al malvado.

¡Dichoso aquel que haya sabido hacer con tiempo sus preparativos de viaje!

SONETO.

Á UNA HORTENSIA.

Ayer te vi cuando rosada aurora
Pintaba el horizonte de oro y grana,
Y vi despues que el sol de la mañana
Te bañaba de luz encantadora.

Eres bella y gentil, aunque inodora,
Y tus pétalos mil mostraste ufana:
Delicado color, forma galana
En cambio de perfume te dió Flora.

Yo te admiré; mas hoy que tu belleza
El viento del otoño ha marchitado,
Tu mortal palidez y tu tristeza
Mi cariño leal te han conquistado,
Que eres tú, pobre flor descolorida,
La fiel imagen de mi triste vida.

PILAR PASCUAL DE SANJUAN.

TORCUATO TASSO.

Nació en Sorsento, poblacion del reino de Nápoles, en el año de 1544, y á los siete de su



Limonero.



Grosellero.

edad ya dió muestras de un talento precoz, y de su afición decidida á la poesía. Las persecuciones que sufrió su padre por ser partidario del príncipe de Salesno, llegaron también á él, cuando dominaba en aquellos países el emperador Carlos V, y solo la fuga les libró de una muerte cierta. Avescindáronse en Roma, desde donde Torcuato fue enviado á Padua para estudiar la filosofía, la teología y el derecho, y á los 17 años compuso el *Reinaldo*, poema precursor de la *Jerusalem libertada*. Bien á pesar de su familia se puso bajo la protección del duque de Ferrara, y recibido luego por Carlos IX de Francia se le distinguió cada día mas y mas segun merecia su talento; pero enamorado despues de la hermana de aquel duque, fueron tantos y tan grandes los malos tratamientos y humillaciones que tuvo que sufrir, y tantos los enemigos que se creó, que su carácter degeneró en triste y melancólico desde entonces, y puede decirse que estos desengaños minaron su existencia. En fin, si se lee la vida de este célebre poeta, escrita en italiano por el marqués Manso (Venecia 1621), y una publicada en París en el año de 1690 (por de Charmes), se verá que hasta llegó á sufrir el hambre y la mas estremada pobreza, recorriendo á pie su patria sin socorro alguno, y siendo preso en Ferrara. Pudo despues eclipsar á sus enemigos con su pasada reputacion, y cuando el papa Clemente VIII, le llamaba á Roma, y cuando se queria celebrar una gran funcion para coronarle, cayó enfermo y falleció la víspera del día señalado, pudiendo decirse que la fortuna le engañó hasta los últimos instantes de su vida. Terminaba su vida el día 13 de abril de 1595, á los 51 años de edad.

A principios del siglo XVIII dividiéronse los escritores y eruditos en dos partidos á favor de Ariosto unos, y otros colocando á Tasso en el primer lugar entre los poetas de Italia, y parece que para este ha quedado la primacia. Sus obras mas notables son la *Jerusalem libertada*, el *Reinaldo* la *Aminta*, *Los siete días de la creacion del mundo* y algunas otras, casi todas en estilo claro y elegante. La *Aminta* se da á conocer por su dulzura á la par que sencillez,

como conviene á la poesía pastoral con que está tratado el asunto. La mejor edicion antigua de la *Jerusalem libertada* es sin duda la de Génova del año de 1590, en 4.º, y todas sus obras están impresas juntas en seis tomos, en Florencia, año de 1724, con una especie de apéndice sobre todo lo que se habia escrito, tanto en favor como en contra de su mejor poema épico, á saber de la *Jerusalem libertada*.
F. J.

LAS PLANTAS MEDICINALES.

LA BRIONIA.

La *brionia* es una planta cuyo uso se aplica en la medicina homeopática con excelentes resultados. Sus flores machos tienen un cáliz de cinco dientes, una corola de cinco divisiones y tres filamentos; las hembras tres estigmas sin borde, y una baya pequeña, subglobulosa y lisa.

Las especies mas notables que comprende son las siguientes, á saber: *Bryonia alba*, Bull.; *B. dioica*, Lin.; *B. ruderalis*, Salib., *Brionia dioica*; *Colubrina*; *hipecacuana indigena*; *Nabo del diablo*; *Vid del diablo*. Esta planta perenne de Europa, cuya raiz fresca da un zumo venenoso y purgante en cortas dosis aplicado sobre la piel, produce rubicundez, la raiz seca es purgante, pero no tiene uso, y las bayas son tambien purgantes; el principio activo de la *brionia* es la *brionine*. Por medio de muchas lavaduras se puede quitar el principio acre y obtener una fécula alimentaria que se puede emplear en tiempo de carestía. Los retoños jóvenes se comen, y las bayas se usan en tintura.

Bryonia epigea, Rottl.; *Brionia epigea*: planta perenne de la India, cuya raiz se usa mucho en la India como antielmética, y tambien en la disenteria y en las enfermedades venéreas inveteradas.

Bryonia rostrata, Rottl.; *Bryonia de espollones*: planta anual de Java, cuya raiz se considera como espectorante y refrigerante; en el Mediodía de la India se comen sus hojas.

Bryonia scabra, Thumb.; *Bryonia aspera*: planta perenne de la India, cuyas hojas y cogollos machacados y puestos en infusion, se consideran en aquel pais como ligeramente aperitivos.

PENSAMIENTOS.

Una gracia pagada envilece al que la recibe, y deshonor al que la hace.

Duclós.

La verdadera y única riqueza de los pueblos es la sobriedad: el lujo es la pobreza de los magnates.

De Bonald.

Los vicios son una raza fecunda: no hay uno que no pueda engendrar cien enfermedades; y cuando no tienen mas que un hijo, este hijo suele ser la muerte.

Jussieu.

Si los pícaros fuesen capaces de conocer las ventajas que hay en ser hombre de bien, serian hombres de bien por picardía.

Franklin.

La libertad y la justicia no existen sino uniéndose la una con la otra.

Villemain.

AVISO

A LOS SUSCRITORES POR SEMESTRES.

Los señores suscritores por medio año, cuyo abono concluye á fin de agosto último, se servirán renovar la suscripcion si no quieren experimentar retraso en el recibo del próximo número.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.
PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.